

das las antítesis; Renán no es una sofista, ni opina como Protágoras, que el hombre es la medida de todo, que, *panta rei*, todo fluye, y que la verdad es, por consiguiente, incoercible; no, no es este el pensamiento del filósofo francés. No niega que la verdad existe, peor niega su posesión exclusiva á tal ó cual sistema. En el estado actual del espíritu humano, dice, la forma del diálogo es la única que puede convenir á la exposición de las ideas filosóficas. Las verdades de este orden no pueden ser ni directamente negadas ni directamente afirmadas. Lo que se puede hacer es presentarlas por sus fases diversas, mostrar en éstas la parte sólida, la débil, la necesidad, las equivalencias. Todos los grandes problemas de la humanidad están en este caso. ¿Quién osaría pensar hoy en una exposición regular de la ciencia política?... Hay que tener en cuenta la diferencia fundamental que hay entre creer y saber, entre opinión y certeza. Jamás se harán diálogos sobre la geometría, porque la geometría es verdadera de una manera impersonal. Pero todo lo que implica algo de fe, de adhesión voluntaria, de elección, de antipatía, de simpatía, de odio y de amor, se acomoda á una forma expositiva, en que cada opinión se encarna en una persona y se comporta como un ser vivo.

Así explica Renán su sistema de exposición filosófico-artística, y hay que conceder que esto es serio, y que no por revestir gran originalidad de expresión deja de ser profundo y oportuno modo de mirar la situa-

ción presente de la conciencia humana. Declararse católico ó declararse materialista es más fácil que ser católico en realidad todas las horas de la vida, ó materialista sin dejar de serlo un momento. No hay que confundir la sinceridad con el escepticismo, y Renán no es de los que se burlan de las opiniones, sino, al contrario, de los que ven en todas un aspecto de la verdad. Sin embargo, como hoy ya los lugares comunes y las frases hechas y las fórmulas estereotipadas lo invaden todo, también existe una teoría vulgar, que corre por las historias de la filosofía más superficiales, que se refiere á esta síntesis que los sistemas nuevos vienen á trazar para resolver las antítesis de los anteriores. En cualquier manual de filosofía se encuentra aquello de que los sistemas tienen de erróneos lo que tienen de exclusivos. Esto, que tal vez sea verdad, no siendo bien comprendido, como resultado propio de larga observación y experiencia, lleva al más superficial y vago diletantismo filosófico, á ese *nihilismo* sentimental de algunos pensadores de afición que todo lo resuelven con el buen deseo de que al fin todo sucede, en la vida y en el pensamiento, de la mejor manera posible. ¡Oh! no; el mundo no es una cosa que se arregle tan pronto, ni la verdad está á la vuelta de la esquina. No hay que confundir á Renán con los pesimistas sistemáticos, de lo dicho arriba; pero menos se le debe confundir con ese optimismo al minuto, fácil y perezoso. La teoría de la exposición dialogada de Renán no da por resueltas las

antítesis del pensamiento ni las de la vida; justamente el *diálogo* se funda en la realidad *actual* de esa oposición. No es lo mismo, ni mucho menos, la teoría artificial en su forma, y según la entienden los más falsa y gratuita, de los armonismos filosóficos, que el progreso de la idea va trazando como círculos mayores cada día, y el pensamiento de Renán, que sin dar por resueltos problemas que no lo están, ni suponer una especie de drama preparado para representar conflictos y desenlaces que acabarían por ser monotonos, reconoce la grandeza de cada idea, el valor que encierran sus elementos positivos. Esto no es decir que todo sea verdad, que tanto valga una idea como otra; es apreciar el valor sustancial de cada conocimiento y atesorar todo lo que puede servir al hombre para levantar el corazón y la idea á las alturas. Y, en efecto, de la lectura de este libro, el lector atento y que sabe sentir no saca ese escepticismo burlón que ya se ha hecho una vulgaridad insoportable, sino una dulzura triste y resignada del ánimo, que tiende á la gracia y al reposo, sin asomo de voluptuosidad mística, porque para impedir que ésta aparezca, está allí, en la obra de Renán, la verdad *real, actual*, que impone la abnegación, el puro sacrificio como necesidad para el espíritu noble y fuerte.

Antistio, el sacerdote de Nemi, y Carmenta, la sibila, representan el bien derrotado, la pureza vencida y, con esto, la abnegación sublime. El bien nace, el mal lo abrumba, lo ahoga, como una vegetación tropical

que por todas partes lo acomete, y se alimenta de sus jugos, y trepa sobre él y lo oculta. Pero el bien renace, y aunque vuelve á ser ahogado, aún redivive, y este es el consuelo. No sabemos de su triunfo, sino de su resurrección. Y aunque al fin no triunfara, habría que amarle y sacrificarse por él. Esta es la teoría de Renán y del sacerdote de Nemi. Todo lo demás que vamos á examinar en adelante, obedece á esta idea y á este sentimiento; es forma especial, y accidental á veces, de lo mismo; sólo el que juzgue por apariencias y sin atender al conjunto, podrá ver en este drama filosófico uno de tantos alardes del *esprit* francés burlón, escéptico y gracioso. La gracia, el *esprit* y hasta la ironía, existen aquí al servicio de una idea santa, clara, sencilla, una vez penetrada.

Y ahora levantemos el telón. Estamos en Albalonga (que un revistero franco-español llamó *Alba la longa*, y gracias que no dijo *Alba la larga*). Lugar de la escena: la muralla; en el horizonte se columbran los muros de *Roma quadrata*.

## IV

El sol se oculta allá hacia la parte del mar, y los habitantes de Albalonga contemplan á lo lejos la Roma Quadrata del Palatino y otra colina con un templo: el Capitolio. Ticio y Voltinio, ciudadanos sensatos, ha-

blan de los destinos de Roma, y describen con magistrales rasgos el carácter de aquel pueblo de ambiciosos que se fortifica como preparándose á ser dueño de mundo. «En esa *bicoca* (1) se habla de derecho de una manera absoluta, como si los que la habitan estuvieran encargados de dar un código al mundo entero,» dice Voltinio profetizando los destinos de Roma. Ticio no cree en los oráculos,—dice;—pero no importa, el mundo cree. Parece mentira que esos bandidos no se devoren unos á otros. Y replica Voltinio: «¡Oh, lugares comunes de la política vulgar! La división es una señal de vida y de fuerza. El orden es obra de anarquistas arrepentidos. Todo conservador tiene por antepasado un bandido. Después de haber robado los bueyes de Caco, Hércules se hizo el más vehemente defensor de la propiedad.» Por este principio de su diálogo, se ve claramente que Renán no trata, como haría un *naturalista*, de atribuir á sus personajes *el lenguaje que les sería propio*. ¡Su lenguaje propio! El de los habitantes de Albalonga, setecientos años antes de Cristo!.. ¡Quién va á saber!... Renán escribe símbolos, es indudable, y se contenta con una verosimilitud dialéctica. Hablan sus criaturas como Renán hablaría en su tiempo y en su caso... sin dejar de saber todo lo que sabe el Renán de 1885, vecino de París.—Voltinio y Ticio, como todos los buenos ciudadanos cuando no tienen que hacer, ha-

(1) Fortificación pequeña. Anticuado en español.

blan de política. Hay un estorbo para que Alba pueda disputar el triunfo á Roma; el sacerdote de Nemi, Antistio, que se empeña en ser reformista, bueno, sincero, liberal. Así no se puede mover guerra. «Cuando los sacerdotes se meten á innovar... ¡cuidado! van hasta el fin.—Pero se atribuye demasiada importancia á la religión. Cetego y los suyos (los demagogos) son más peligrosos, con mucho...» «La vida es una lucha contra las causas destructoras.»

Escena segunda: entra un grupo de burgueses, y dice el primero: «El ser más peligroso es el que tiene hambre.—Pero no se puede dar trabajo siempre.—El año pasado se abrió un foso junto al lago; se podría rellenar otra vez.—Pero es que ese foso presta su utilidad.—Razón de más; el año que viene volvería á abrirse.»

En estas pocas palabras hay una crítica mordaz de la economía social de muchos estadistas modernos.

Después entra el pueblo bajo. Murmuran de Antistio, que no sabe ser buen sacerdote; no ha matado á su predecesor, como lo exige la buena costumbre, siempre observada. Además, atiende poco á las ceremonias del culto. No sabe su papel.—Yo he visto,—dice Herdonio,—á los antiguos sacerdotes; eran unos malvados; pero eran legítimos. Tenían que guardarse de sus mismos guardias que podían querer heredarlos. No podían dormir; no tenían tiempo de pensar.—Así debe ser; un sacerdote no necesita pensar.—Seguramente. Lo raro es que semejantes leyes se hayan hecho respetar.—Así es.

El respeto es cosa del uso. Antistio es el primer sacerdote que no es un bellaco; pues acabará mal.—El primero que suprime un abuso, perece en la demanda.—¡Bien empleado!—¿Por qué se mete en lo que no le importa?»

En seguida llegan los aristócratas. Mecio, jefe de los patricios, pide la guerra y discute con Liberalis, director de la burguesía ilustrada, que defiende al sacerdote reformista. Liberalis defiende la moral y el buen sentido contra las antiguas costumbres; Mecio replica: «el oráculo oscuro es á la vez absurdo y sublime.» En la argumentación de Mecio asoma el pesimismo social, la fatalidad triste del mal y del azar, y Renán, siguiendo su propósito, no quita fuerza á la elocuencia de los argumentos que hay en favor de esta causa desconsoladora.—Herdonio cuenta cómo Antistio supo vencer y supo perdonar, y cómo su antecesor murió rabiando. El pueblo no se conmueve.—La legitimidad—dice—es el polo de la religión. El mérito importa poco. El signo exterior es todo. Antistio no sirve para sacerdote. Reza, sueña, ora de corazón. El corazón... no lo oyen los dioses.»

—Tal vez no cree en ellos.—Lo cierto es que las ceremonias menudas se las encarga á Sacrificulo, su acólito.—Todo eso es absurdo, dice Mecio.

Antistio quiere que la religión ayude al progreso de la humanidad. No hay tal cosa; á la religión no le importa nada más que el culto; la política no la mantiene sino para eso.—Es verdad. La religión no hay que

mirarla muy de cerca. Las fórmulas sagradas, analizadas, no significan nada. «Yo soy moderno,—dice otro;—los dioses son algo, pero no todo...»

Como se ve, Renán, aquí expone las ideas corrientes en Albalonga... y en otras muchas ciudades del mundo. Todo esto es triste, pero es verdad. No tendrán *color local* estos diálogos, pero tienen *color universal*.

Después los demagogos se revuelven contra la aristocracia y la guerra. Cetego asegura que todo irá mal mientras los soldados, antes de salir á campaña, no comiencen por asesinar á sus jefes. La guerra es la explotación de los pobres. Sí—añade otro;—el valor es un lujo que hay que aniquilar con un impuesto.—Sí; y la virtud es un placer que se debe pagar.—¡Abajo la beneficencia!

Ticio, el ciudadano sensato (y acomodado) que oye todo esto, exclama aparte: «Esto hace temblar. La sociedad descansa sobre verdades demasiado sutiles para que el pueblo pueda comprenderlas. Al parecer, ¿qué cosa más clara y más cierta que esto: «Yo he trabajado y sembrado este campo; luego el trigo que produzca debe ser mío? Y sin embargo, nada más falso.»—Cetego: «El guerrero es nuestro señor, y nuestro señor es nuestro enemigo. La batalla, la muerte es para nosotros; la gloria para el caudillo. Dicen que hay que tomar el desquite: ¿de qué? Yo declaro que no me siento vencido. Los enemigos son, después de todo, nuestros amigos.»

Liberalis, el burgués liberal, quiere que Cetego oiga la voz del patriotismo.—«¿No te entusiasma—le pregunta,—el gran carácter de Antistio?—No. Antistio es un aristócrata como otro cualquiera. ¿En qué se ocupa? Inspira á Carmenta oráculos que dicen: «La lengua del Lacio se extenderá hasta el fin del mundo.» ¿Y qué? Una doctrina más que servirá para que se maten miles de hombres. Civilizar el mundo... ¡bah! Fundar el derecho... ¡vaya un gusto! ¡Si de todos modos el derecho nuevo ha de servir también para reventar de hambre!...—Pero Antistio va á fundar una religión nueva, pura...—¿Qué importa? Tanto vale una clerigalla como otra. Orugas ó mariposas, siempre son el mismo bicho.—Pero el bien, la moral, la virtud...—Todo es invención de la clerigalla. Cuando nosotros mandemos será otra cosa. Antistio no nos sirve. Está á la vez más atrasado y más adelantado que su tiempo. Mala situación.»—Un ciudadano: «¡Pobre Antistio!—Está perdido; pueblo y aristocracia están contra él.—Su hija Carmenta es quien le pierde.—Profetiza siempre en favor de Roma...—El buen patriota debe negar siempre justicia al enemigo...»

Así termina el primer acto, en el cual no se presenta el sacerdote de Nemi, pero el lector por esta *voz del pueblo* ya le conoce cuando le ve aparecer en el templo edificado sobre una roca que cae á plomo sobre el lago.

No es posible, sin alargar demasiado estos artículos y convertirlos en una traducción, continuar extractando

las escenas del drama como se ha hecho con la exposición. Abreviaremos.

Antistio se presenta en el templo de Nemi hablando á la soledad. Sueña en voz alta con esa religión pura que se ha llamado natural, que debería ser la única que existiese en la tierra, y que es la única que no hay. El optimismo de Antistio es grandioso por su cándida sencillez. «Los dioses son una injuria á Dios,» dice. Y después, pensando más, añade... «y Dios será una injuria de lo Divino. Dios no obra tampoco por voliciones particulares. Hombre viejo, triste, te figuras á Dios como un juez á quien se corrompe... Las lágrimas: he ahí el sacrificio eterno, la libación santa, el agua del corazón. ¡Alegría infinita! ¡Oh, qué dulce es llorar!»

Hasta aquí habla con Antistio el entusiasmo puro, el sentimiento, que en su exaltación no recuerda las objeciones que al optimismo noble opone la realidad cruel y sorda. Después la estupidez humana, la maldad, los mil horrorres de necedad que van acumulando las tradiciones, llegan á las gradas del altar en demanda de absurdos y ofreciendo carnicerías de sacrificios.

Antistio siente el frío del desengaño, esa aridez que siempre sintieron los más exaltados místicos en momentos de abandono. Antistio gusta esa hiel que gustó Cristo en la cruz. Me pierdo—exclama—pero, ¡si á lo menos fuese en provecho de alguien! Eso es lo terrible. El alma noble está decidida á ser buena, á sufrir por su ideal... y no sabe si será inútilmente. «Yo no veo de

lante de mí más que una tierra ingrata y un cielo triste,» dice el sacerdote, como nuestro Campoamor había dicho:

¡Así es la tierra y ¡ay! así es el cielo!

«El hombre necesita ideas estrechas. Quiere un Dios á quien pueda llamar «Dios mío.» Quiere un Dios-hombre. Le satisfaría. Innumerables pliegues del mar, no sois nada junto á las olas de sueños amontonados que la humanidad atravesará antes de llegar á algo que se parezca á la razón. Después de tanto desengaño, vuelve el flujo suave del consuelo. «¡Oh universo, oh razón de las cosas, yo siento que al buscar el bien y la verdad, trabajo para tí!» Esta es la oración del desesperado que es bueno.

Algo parecido puede haber acaso en el fondo de las palabras con que termina su última novela el eminente Zola. Sandoz, sin consuelo, viendo en el porvenir nada más que tinieblas, exclama después de terminar sus *trenos* de pesimista:

—Ahora, vamos á trabajar.

Sí: esta será la idea que podrá salvar acaso á la humanidad desesperada que se obstina en ser buena. ¡A pesar de todo, adelante! Esto es poco lógico, tal vez, mas por lo mismo es sublime. Y, como decía Stendhal, la belleza es siempre una esperanza.

Antistio no sabe ser el sacerdote que el pueblo pide; Mecio, el conservador, el jefe de los patricios, recono-

ce que es un grande hombre, un excelente sacerdote, pero por lo mismo no le sirve; hace falta que se conserve la superstición, porque la religión que se entiende, no vale. Y en una intriga dramática, en que con gradación artística aparecen todos los vicios y todas las preocupaciones sociales conspirando al mismo fin, el sacerdote bueno, el de lo Divino, perece. Muere Antistio entre el oleaje de un motín de demagogos. Liberalmente lamenta el asesinato, y Mecio, el patricio, tranquilo, risueño, le hace ver que fueron las masas que él quiere libres, las que mataron al sacerdote. ¿Y quién va á suceder á Antistio? Casca, el que le clavó el puñal; es lo lógico. Y Casca es sacerdote. Entonces Mecio, el conservador, el jefe de los patricios, le habla aparte y le dice:—Está bien, Casca. Héte hecho sacerdote. El tiempo no está para discursos. Nos miran, pero nadie nos oye. Yo te sostendré; pero tú no eres estúpido; ya sabes que en una hora puedo darte un sucesor.—¿Un sucesor?—Las antiguas reglas están restablecidas.—¿Eh?—Sí.—¡Ah! sí...—Casca se convence. Mecio, el jefe de los patricios, es el amo del nuevo sacerdote de Nemi; el amo del templo.

Pero Carmenta, la sibila, la hija de Antistio, se presenta á Casca, al nuevo sacerdote, y le asesina. Entonces Latro, compañero del muerto, pide á Mecio la sucesión de Casca. Nunca falta un gran sacerdote. En tal instante llegan noticias de Roma, la enemiga de Alba: «Rómulo ha dado muerte á Remo.» La ciudad está fun-

dada. La fundación de toda ciudad debe ser consumada por un fratricidio. ¡Singular jornada! Un fratricida que funda una ciudad. Un ladrón hecho sacerdote, que salva otra ciudad. Todo esto es oscuro. No en balde tiene Jano dos caras. El mundo marcha, gracias al odio de los hermanos enemigos. «Cúmplase la voluntad de los dioses.»

Y el drama termina así:

Un profeta de Israel que lo ha visto todo desde Babilonia:

Palabras de Ihawé:

Así, las naciones se extenuan para el vacío  
y los pueblos se fatigan en provecho del fuego.

(JEREMÍAS, LI, 98.)

Tal es, prescindiendo de pormenores todos interesantes, hermosos y significativos, el último diálogo dramático del extraño poeta filósofo de la *Vida de Jesús*.

La impresión final de esta lectura, ¿es dolorosa? De seguro es triste; pero en la tristeza hay muchos matices, y algunos llegan hasta la esperanza.

Lo que de fijo se puede dar por cierto es que el alma de este libro es un idealismo profundo, serio, sincero, al cual se le debe el encanto que, á pesar del dolor, causa toda esta poesía sencilla, escultural, clásica.

Pocos días hace, un ilustre prelado francés, refutando el último trabajo de filología bíblica de Renán, decía que el hechizo que para el lector tenían las obras de este autor estaba en su forma *ondoyante et lachée*.

Mucho se debe, en efecto, al encanto de ese estilo; pero no sería el efecto tan poderoso si detrás del estilo no estuviera esa energía de idealidad original, sobria concienzuda, que hace de Renán un ejemplar, acaso hoy único, de aquella raza de grandes pensadores que al llenar la filosofía de poesía, hicieron tal vez más por la verdad que muchos escritores modernos que no son poetas, y acaso tampoco son filósofos.

FIN